

CONFERENCIA EPISCOPAL ARGENTINA – COMISIÓN EPISCOPAL DE MINISTERIOS
Secretariado Nacional de Formación Permanente de los Presbíteros

Encuentro Nacional de Sacerdotes
Villa Cura Brochero
5 – 7 de septiembre 2017

✠ Jorge Carlos Patrón Wong
Arzobispo-Obispo Emérito de Papantla
Secretario para los Seminarios

La dimensión humana en la formación permanente
Miércoles, 6 de septiembre

“*Quítate las sandalias, porque el lugar que pisas es sagrado*” (Ex 3, 5) Fue la indicación que recibió Moisés ante la teofanía, en la cual Dios se revelaba lo llamaba para la misión. Con este gesto quiero acercarme a compartir con ustedes algunos temas referentes a la formación humana del sacerdote, porque frente al misterio de la persona humana, debemos sacarnos las sandalias. Este misterio “*sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado... Cristo nuestro Señor, Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación*” (Gaudium Spes 22).

Al abordar esta temática, afirmado el principio de la integralidad de la formación en *Pastores Davo Vobis* y asumido en la *Ratio Fundamentalis*, que implica la mutua referencia entre las dimensiones humana, espiritual, intelectual y pastoral, no se puede prescindir de un diálogo interdisciplinar entre la teología, la psicología y la sociología.

Es imposible en el tiempo que tenemos, presentar sistemáticamente la riqueza de este tema, que conlleva su complejidad, por lo que me limito a indicar pistas para profundizar y criterios fundamentales a tener en cuenta en la dimensión humana, desde la formación permanente.

La herencia de la Formación inicial

Nos dice PDV que “*sin una adecuada formación humana, toda la formación sacerdotal estaría privada de su fundamento necesario*” (PDV 43). Cuando menciona el fundamento necesario, no ha de entenderse como si fuera el primer escalón de la formación posterior, es fundamento en cuanto es necesaria a lo largo de toda la vida y de todo el ministerio, en el único camino formativo que comprende dos grandes etapas, la inicial y la permanente, como “*única experiencia discipular que no se interrumpe jamás*” (RF 80).

Por esto cobra importancia la articulación que debe darse entre los agentes de formación de las mencionadas etapas, con un diálogo que facilite la maduración de la persona en el ministerio.

La formación permanente asume el camino ya realizado en la formación inicial, con sus aciertos y carencias. Si bien es de esperar que el seminarista llegue a la Ordenación con la suficiente madurez y libertad, no hay que dar por supuesto que siempre sea así, basta detenernos en analizar las causas de los abandonos del ministerio, entre las cuales se descubren las inconsistencias no trabajadas en su momento. Por ello es necesario que quienes sirven en la formación permanente conozcan la herencia recibida desde la formación inicial, porque de otra manera se puede frustrar el proceso al trabajar sobre supuestos y no sobre la realidad, comprometiendo el crecimiento personal y exponiendo al sacerdote a eventuales regresiones¹. Será importante también identificar los modelos pedagógicos asumidos, porque revelan tanto el perfil de sacerdote buscado y la eclesiología que lo sustenta.

El camino de madurez de quien va a recibir el sacramento del orden y desplegará la vida ministerial, implica el crecimiento del hombre nuevo por obra de la gracia y el compromiso personal; caminar en la verdad de sí, que se va revelando, reconociendo sus riquezas y límites, condición indispensable para permitir un auténtico y sólido crecimiento. De no hacerlo así, se obstaculizaría el desarrollo de la persona y por ende el servicio pastoral, afectado por una humanidad empobrecida.

¹ Cf URIARTE, Juan María. *Creecer como personas para servir como pastores. La Formación sacerdotal permanente*, Conferencia Episcopal Española. Comisión Episcopal del Clero. EDICE, Madrid

Junto a la verdad, es importante también ayudar a interpretar la propia historia, como lugar de salvación, donde Dios fue revelando su amor y su llamada. Esto supone descubrir una historia direccionada por un sentido, con significado. Lo que vivimos puede ser recogido en una memoria fragmentada, de hechos que simplemente sucedieron sin conexión y coherencia, o por una memoria agradecida, llena de sentido que camina en la esperanza por lo que Dios hizo y quiere realizar en nosotros, y en clave pastoral, desde nosotros para los demás. Si me permiten la expresión, poder besar la propia historia es un signo de madurez. La tarea formativa, tanto inicial como permanente, implicará el acompañamiento de este proceso.

La verdad y la lectura agradecida y reconciliada de la historia, permiten ir atravesando umbrales de libertad. Ninguno de nosotros es libre de manera absoluta, ya que la libertad está condicionada por varios factores, pero sí podemos decir que vamos creciendo en libertad, siendo ésta un indicador de madurez. Esto es de vital importancia para el despliegue de nuestra identidad, que es esencialmente relacional, afectando al modo de vinculación con el amplio marco de relaciones que implica el ministerio presbiteral. Las relaciones sostenidas desde la dependencia, con exclusivismo, o vividas de manera absorbente, o desde el autoritarismo, o en una permanente conflictividad y crítica proyectando en los otros responsabilidades que el mismo sujeto no asume, son algunas expresiones que revelan la fragilidad de una humanidad que lejos de mirar a la realidad y a los otros como destinatarios de una entrega, los convierte en objetos para compensar las propias necesidades. De esta manera el sacerdote irá perdiendo espacios de libertad, empobreciendo su humanidad, y comprometiendo su entrega y su misión. También irá perdiendo la paz.

El acompañamiento ayuda a que todo esto se realice en una dirección integradora, que viene dada por la misión recibida, ejercida en la caridad pastoral. Si bien la formación inicial y permanente asumen este común eje integrador, lo realizan desde objetivos y métodos específicos, pero necesitan trabajar en equipo permitiendo la continuidad del proceso de construcción de la identidad sacerdotal.

Por el principio de gradualidad que implica todo proceso formativo, se deberá prestar atención a no dar nada por supuesto, ya que no siempre se ha alcanzado la realización de una etapa necesaria como fundamento de la que le sigue, exponiendo de esta manera a posteriores regresiones que afectan a la persona y repercuten en el ejercicio del ministerio.

El proceso de madurez humana y presbiteral.

La Ratio Fundamentalis destaca la importancia de que *“los fieles puedan encontrar sacerdotes maduros y bien formados: ya que, a este deber (citando el Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros «corresponde un preciso derecho de parte de los fieles, sobre los cuales recaen positivamente los efectos de la buena formación y de la santidad de los sacerdotes»”* (RF 81).

De esta manera el sacerdote en la misión, en virtud de las relaciones que se establecen en el ministerio, se ve exigido a una entrega que implica madurez y formación vivida en santidad. El documento señala como derecho de los fieles, recibir el don de la persona del sacerdote rica en humanidad. No habla de perfección, sino de madurez y de buena formación.

Se suele hablar con cierta ligereza de madurez, así como de inmadurez, siendo términos complejos en su definición, por lo que quisiera aproximarme a estos conceptos, determinando el campo de comprensión y señalando algunas características.

La madurez, más que designar una meta, señala un camino, por lo tanto habla de un dinamismo. Debemos distinguir también entre lo que es la madurez en general, que comprende niveles biológicos, psicológicos, morales entre otros, y la madurez psicológica que incluye varias dimensiones, destacándose la afectiva y sexual.

Me limito a señalar algunos indicadores de la madurez psicológica:

- Una correcta percepción de sí mismo, esto supone haber alcanzado una sana autoestima, sin omnipotencia apoyada en la idealización, ni desvalorización de la propia persona, que renuncia a la esperanza de lo nuevo que Dios puede hacer en él. Significa reconocer los propios límites y potencialidades.
- Una correcta percepción de los otros y de la realidad, que permita un vínculo personal e institucional adulto, en cuya interacción el sacerdote crece como persona. Una mirada distorsionada ya sea por la idealización o por la proyección de las propias necesidades sobre los demás o sobre la realidad, provoca vínculos débiles y despersonalizados, generando un estado autorreferencial que fija a la persona, deteniendo su crecimiento o llevándolo a la regresión. Vivir en una permanente queja, desilusión o aislamiento son los efectos de dicha distorsión.

PDV destaca como de particular importancia *“la capacidad de relacionarse con los demás, elemento verdaderamente esencial para quien ha sido llamado a ser responsable de una comunidad y «hombre de comunión”* (PDV 43). Esta capacidad es potenciada o condicionada, de acuerdo al modo en que nos acercamos a la realidad de los otros.

- Recorrer el camino de la madurez unificando el corazón, supone el principio de integración que va pacificando la propia vida. Esto no es incompatible con conflictos que seguramente se hacen presentes, ni con crisis que son oportunidades para una reestructuración y crecimiento de la persona. El riesgo de una vida atomizada, fragmentada, es que conduzca a una disociación de vida o a un estado de permanente angustia. En términos pastorales y espirituales esta unidad de vida queda configurada por la caridad pastoral.
- La unidad de corazón revela la relación recíproca de todas las dimensiones de la persona, y las orienta en torno a un sentido, que en nuestro caso está determinada por la misión recibida, estableciendo la relación con valores trascendentales. Desdibujar el norte que atrae a la vida entera unificándola, conlleva el peligro de la pérdida de identidad y de sentido.

Además debemos tener en cuenta que en nuestra misión, en nuestra labor pastoral, se despliega toda nuestra capacidad de amar, favoreciendo la unificación de la vida de la persona.

- No pueden obviarse las etapas en el proceso de madurez sin comprometer todo el proceso. Se realizan de manera gradual y progresiva conformando la estructuración de la persona, aunque hay que tener en cuenta que no siempre esto se realiza de manera armónica.

Estamos ante una realidad compleja, que requiere un acompañamiento cualificado y un profundo discernimiento. No tener esto en cuenta hipoteca no sólo la maduración de la persona, en nuestro caso del presbítero, sino que también repercute, por el carácter relacional de la identidad sacerdotal, en los distintos ámbitos de acción. La maduración no es una obra prometeica, voluntarista, sino que se realiza en una solidaria interacción entre distintos actores de la historia de una persona, que está bajo la acción de la Gracia

Dimensiones destacadas de la madurez psicológica: La madurez afectiva y sexual

PDV afirma que *“el presbítero, llamado a ser imagen viva de Jesucristo, Cabeza y Pastor de la Iglesia, debe procurar reflejar en sí mismo, en la medida de lo posible, aquella perfección humana que brilla en el Hijo de Dios hecho hombre y que se transparenta con singular eficacia en sus actitudes hacia los demás”* (PDV 43). De allí la importancia de formación humana del sacerdote, en relación con los destinatarios de su misión (Cf PDV 43), por ello con vistas a su ministerio, quien está llamado a ser sacerdote debe cultivar cualidades humanas para formar una personalidad equilibrada, sólida y libre, capaz de llevar el peso de las responsabilidades. Todo lo alcanzado en la formación inicial, pide necesariamente un proceso de maduración en el ejercicio del ministerio.

No se trata de actitudes externas que responden a una función, sino de la expresión de una humanidad transformada, que va desplegando y recorriendo la madurez afectiva. Esta debe entenderse como la capacidad de amar y dejarse amar profundamente, de manera estable y comprometida. Este doble movimiento en la vida de un sacerdote se convierte en oblatividad, en entrega gratuita de la vida como respuesta agradecida por el amor que ha experimentado que lo llama y lo envía, realizado de manera celebrativa en cada Eucaristía, uniéndose a la ofrenda del Hijo de Dios.

Lo opuesto a la madurez afectiva es el narcisismo, que además de implicar una mirada volcada sobre sí, consiste en el lacerante sentimiento de no ser digno del amor, una duda que conduce a una inseguridad existencial que le roba la paz y le hará negar la paz. No pocos conflictos eclesiales, nacen en esta herida en la humanidad de un sacerdote, que pueden expresarse paradójicamente en extremos, ya sea en una rigidez que enmascara la propia inseguridad, causada por las inconsistencias y fragilidad personal, o en una laxitud que apostata de la verdad y del bien, para mendigar la aceptación.

Sería interesante preguntarnos quiénes somos y dónde estamos parados en el proceso de madurez afectiva, desde la evaluación del ejercicio de nuestro ministerio, ¿Cómo es mi relación con el Señor? ¿cómo me relaciono con los demás en la pastoral? ¿de qué modo ejerzo la autoridad que se me ha conferido? ¿Cuánto testimonia mi propia vida de la obra de Dios en ella? ¿Qué sentimientos me provoca la realidad y qué repuestas surgen? En medio de los conflictos y las crisis, ¿experimento un equilibrio básico que permita atravesarlos sin estallar? ¿Cómo vivo la fraternidad sacerdotal tantas veces enunciada? ¿Busco ayuda cuando es necesario? Ustedes mismos escuchando en su corazón lo que están viviendo podrán ampliar las preguntas, pero para formularlas es necesario no sólo hacer un alto en el camino, sino también abrir espacios de intimidad con el Señor, y el acompañamiento que ayude a verbalizar y objetivar la propia experiencia y el camino de maduración, tanto a nivel personal como institucional. Hemos insistido en el carácter esencialmente relacional de la identidad presbiteral, sin embargo, hay ministerios vividos en aislamiento y en sufrida soledad, y así es muy difícil y me animo a decir imposible cumplir con la misión encomendada y mucho menos crecer.

Aquí quiero insistir en un tema que considero de suma importancia, no sólo por su realidad misma, sino porque lamentablemente no es atendido y buscado suficientemente: el **acompañamiento espiritual**, lo que en términos clásicos era llamado “dirección espiritual”. Les puedo asegurar que el abandono de esta instancia es realmente significativo. Después de un sistemático acompañamiento favorecido

por la estructura del Seminario, se da un progresivo abandono y no valoración de este recurso. El acompañante espiritual es una instancia de mediación, que colabora en el discernimiento de la voluntad del Padre sobre la vida del sacerdote, reconociendo la acción del Espíritu Santo. Implica reconocer con humildad en un camino de serena y liberadora aceptación de sí, en un camino de conversión. Ofrece la oportunidad de verbalizar nuestras experiencias para objetivarlas y confrontarlas. Usando una expresión argentina, quien recorre el camino de la madurez humana y espiritual con la ayuda fraterna del acompañamiento espiritual, no se corta solo, tiene la conciencia que solo no puede y si lo cree, está condenado a perderse en un abismo que crece de manera silenciosa, casi imperceptible, pero devastadora. Hoy no sólo es un desafío buscar este acompañamiento, sino que también lo es encontrarlo, es necesario capacitar y formar acompañantes espirituales en el presbiterio.

Otro punto en el que no me puedo detener, es la relación entre lo que se conoce como fuero externo y fuero interno, distinción que si bien busca respetar la conciencia de las personas, mal entendida, puede generar una fragmentación de la misma. La distinción no es separación, por lo que en todo acompañamiento se tendrá que atender a la persona entera. El acompañamiento funciona cuando se busca crecer viviendo un compromiso con la verdad compartida con transparencia, caso contrario esta distinción se convertirá en un refugio en la que se oculta la verdad.

Junto a la madurez afectiva y en interrelación con ella está la madurez sexual, que integra distintos aspectos adquiridos y madurados a lo largo de toda la vida: biológico, biopsíquico, psicológico y espiritual. En el amplio y complejo campo de la sexualidad quiero señalar algunos aspectos que considero importantes:

El proceso de la madurez afectivo-sexual asume una historia.

Es de vital importancia reconocer la historia que fue moldeando nuestra sexualidad y confirmando una identidad. No sólo es tarea de la formación inicial garantizar el diálogo sobre esta realidad, sino que se hace necesario facilitarlos en la misma formación permanente, en un marco de confianza. Crisis que estallaron durante el ministerio son, no pocas veces, gritos de situaciones amordazadas en la formación inicial, o no escuchadas en las distintas formas que buscaron expresarse, o lo que es más grave, conscientemente ocultadas, aunque de alguna manera se revelaban, porque *“la sexualidad es un ámbito donde la mentira no puede sobrevivir”*²

² ZANOTI DE SAVANTI, A., *Pensar la Crisis en la vida sacerdotal y consagrada*. Agape Libros, Buenos Aires, 2013

Ciertos modos de plantear la sexualidad y algunas pedagogías aplicadas en la formación, revelan, a veces implícitamente, una mirada negativa de la misma. También al asociarla en primer lugar a un tema moral, queda en evidencia una mirada reductiva. Cuando se encara una revisión de la formación en la afectividad y la sexualidad, uno se sorprende escuchar “*eso era un tema tabú, de eso no se hablaba*”, “*leímos Sacerdotalis caelibatus*” planteándolo de este modo como un tema conceptual y no existencial.

El celibato

Si la madurez afectiva es la capacidad de amar con la persona entera y dejarse amar con honestidad, en nuestro caso, dicha madurez se expresará en un modo de amar particular que es el celibato.

El celibato es don y vocación. Tal como lo sostiene la Iglesia el celibato es un don que se recibe en la misma vocación al ministerio sacerdotal, no es un requisito a aceptar para ser sacerdote, sino una gracia y a su vez una elección fruto de una experiencia de encuentro sostenido en un vínculo teologal. Por ello la vivencia de un celibato fecundo nace en el discernimiento, porque si la opción celibataria se reduce a un requisito para ser ordenado, quedaría sellada la imposibilidad de vivirlo. Dicho discernimiento deberá tener en cuenta no sólo la biografía afectiva-sexual de la persona, sino también la evaluación de los procesos de maduración que corresponden a las distintas etapas de su desarrollo, sus motivaciones y la experiencia fundante de fe signadas por un encuentro personal. Es una realidad compleja que pide un acompañamiento calificado.

Excede a esta ponencia un desarrollo sistemático del tema, hay abundante y muy buena bibliografía con síntesis muy valiosas, por ello menciono sólo algunas notas

La respuesta libre a la vocación al celibato, se afirma en un vínculo de amor creyente, que permite llenar todo de sentido. La opción celibataria, “*es la elección de un vínculo... con Cristo presente en el rostro del prójimo*”³, es decir que se revela en la ausencia, como lucidamente señala la Dra. Zanoti de Savanti, en un libro que recoge la experiencia de encuentros de formación permanente aquí en la Argentina. Este es un punto nuclear, que implica también desde la espiritualidad, la maduración de la imagen de Dios internalizada. La fuerza y la posibilidad de un celibato fecundo no reside en la renuncia que implica, sino en la elección que se realiza, en la amistad ofrecida por una persona por quien se está dispuesto a entregar la vida entera; por

³ ZANOTI DE SAVANTI, A., ob. cit.

ello, el sacerdote se afirma en la consciencia de un valor que atrae y da sentido, y no en un voluntarismo.

Esta paradójica **presencia en la ausencia**, es la que hace que la soledad, experiencia inevitable en nuestra entrega celibataria, sea una soledad habitada, que permite realizar la vocación en la comunión inscrita en nuestra humanidad, y cumplir nuestra misión siendo servidores de la comunión. Ser un hombre célibe no significa ser un solitario. Uno podría llevar una vida moralmente correcta, con un pretendido amor universal, diciendo que ama a todos, pero en realidad sin amar a nadie en concreto. La formación ha acertado al acentuar el aspecto comunitario, pero pienso que es un desafío formar en esta dimensión de la vida ministerial que es la soledad habitada.

Permanecer y crecer en este vínculo, supone crecer en la experiencia del Misterio y a su vez hace que el celibato no sólo revele una manera de amar, sino que se convierta en anuncio del Amor. Cuando a un sacerdote se lo reconoce como un “*hombre de Dios*”, de una manera creyente, se percibe en esa persona una honda intimidad, que por ser tal, se convierte en fecundidad misionera. Sin intimidad no hay alteridad ni fecundidad. Pensemos cómo cuidamos y buscamos esta intimidad, cómo cerramos nuestra jornada, frente a quién la terminamos: con la Palabra, frente al Sagrario recogiendo el paso de Dios en nuestra pastoral, o frente a una pantalla.

La vida celibataria supone un proceso desarrollado durante toda la vida, que pide renovar el compromiso que conlleva la aceptación libre sellada en el sí dado en la ordenación. Implica un equilibrio dinámicamente inestable puesto a prueba en las distintas etapas de vida y en momentos de crisis.⁴ Sin negar la dimensión del compromiso personal en dicho proceso, se ha de tener en cuenta que no se realiza sólo, sino con los otros, “*nadie se hace célibe sin el compromiso de los otros*”⁵. De allí la importancia del aporte de relaciones pastorales, formativas, fraternales en el presbiterio, de amistades, familiares y de una manera destacada, del acompañamiento espiritual.

Teniendo en cuenta el principio de integralidad enunciado anteriormente, podemos afirmar que la dimensión afectivo-sexual de la vida celibataria, es vivida en la circularidad virtuosa de los consejos evangélicos. La relación con el dinero, el modo de ejercer la autoridad, y la forma de relacionarse con los demás desde una obediencia apostólica, serán los indicadores que señalan un celibato que revela la

⁴ Ibid.

⁵ Ibid.

belleza de una persona que se entrega hasta el fin por los que ama, o en caso contrario, mostraría la desfigurada imagen de quien camina en una frustración creciente, perdiendo identidad, siendo infiel al Señor y a la misión.

Algunas preguntas que surgen de la realidad en nuestros presbiterios, pueden aportar pistas formativas en el acompañamiento de la vida sacerdotal, ya que no se trata sólo del proceso personal de quien ha de crecer en humanidad en un camino de fe; también es importante analizar el sistema en el cual se realiza la maduración, porque éste puede favorecer u obstaculizar el desarrollo de la persona. En esta comprensión, el presbiterio puede integrar, enfermar e inclusive expulsar a las personas, conforme al estado de sanidad o enfermedad que tenga.

La transparencia, la confianza, la corrección fraterna, la solidaridad, la presencia y escucha, el gozo de trabajar en una pastoral de conjunto, una autoridad ejercida en respeto a la adultez, la valoración de la diversidad, el deseo de la comunión y el compromiso por construirla, son indicadores de un presbiterio que busca compartir el ministerio evangélicamente y que favorece el crecimiento de las personas que lo integran. El presbiterio entero, bajo esta concepción se convierte en agente de formación permanente.

Por el contrario, un presbiterio herido por la desconfianza, por la división fruto de posiciones ideológicas, por la tolerancia de aquello que no debe ser tolerado como la doble vida, por la indiferencia o por la falta de misericordia, por manejos autoritarios, por la presencia de patologías no atendidas que se convierten en heridas sangrantes y dolientes, será tierra yerma para cualquier crecimiento. Sufrimos las situaciones de escándalos que se dan en los presbiterios, pero nos equivocaríamos si los analizamos aislando los casos, porque también debemos reflexionar sobre el sistema o grupo humano en el que esto ocurre.

Formar la sensibilidad

No basta asumir la importancia de la educación y acompañamiento de la afectividad y sexualidad como componentes de la madurez psicológica, porque podríamos caer en una mirada reductiva de la madurez humana del pastor, ya que ésta se realiza de manera integral a través de la formación de la sensibilidad.

Haciendo referencia a un discurso del Papa Francisco⁶, la *Ratio Fundamentalis* recuerda que “*el sacerdote, no sólo «aprende a conocer a Cristo» , sino que, bajo la acción del Espíritu Santo, se halla dentro de un proceso gradual y continua*

⁶ Cf FRANCISCO, *Discurso a la Plenaria de la Congregación para el Clero* (3 de octubre de 2014): *L'Osservatore Romano* 226 (4 de octubre de 2014), 8.

configuración con Él, en su ser y en su hacer, que constituye un reto permanente de crecimiento interior de la persona” (RF 80). Esta configuración supone vivir en los sentimientos de Cristo Jesús (Cf Fp 2, 5), realizando así nuestra vocación a crecer en la sensibilidad de Jesús.

El padre Amadeo Cencini, compartió este argumento en el Curso de Formación Permanente para sacerdotes de Latino América, realizado en Roma en febrero de este año.

Cristo y su humanidad, es el punto de referencia de un camino formativo ininterrumpido, que no se reduce a formar actitudes, sino que alcanza el interior de la persona misma.

El padre Cencini señalaba en su exposición, cómo los componentes emocionales, mentales y volitivos de la sensibilidad, conformados por experiencias vividas, y por las opciones que seguimos haciendo, van en una dirección determinada, influyendo en las decisiones que vamos tomando. En las opciones de cada día, seguimos construyendo esa sensibilidad, la que se constituye en un indicador eminente del grado de nuestra madurez humana y en revelación de nuestra identidad, señalando lo que somos.

Siendo tan importante, vale que nos preguntemos en nuestro hoy, cuáles son nuestros afectos, nuestras aficiones, nuestros deseos y tendencias; hacia dónde se dirige nuestra vida y ministerio. Así, tendríamos que respondernos con honestidad sobre lo que estamos eligiendo a cada momento, sobre los sentimientos que despierta la realidad sufriente que nos interpela, sobre el modo en que buscamos descanso o en el que liberamos las tensiones, con qué pensamientos y acciones cerramos nuestro día, si encontramos gozo en la intimidad que nos abre a la Trascendencia, la que no debe confundirse con la privacidad en la que se escuda una doble vida; si vivimos una actividad pastoral generosa o vivimos en un activismo buscando refugio del vacío existencial. Es un camino que debe recorrerse en la verdad.

Es esencial entender que el acompañamiento de la persona en la maduración de su sensibilidad, es tarea prioritaria de la formación permanente, que junto a la propia responsabilidad ayuda a que el pastor testimonie con su propia vida la sensibilidad del Buen Pastor, expresada a lo largo de todo el Evangelio.

Conclusión

Concluyendo, señalo que en este compartir tomé una opción de no responder a las situaciones conflictivas, de escándalos o frente a patologías que repercuten de manera tan dramática hoy en la Iglesia; más bien he procurado motivar una reflexión personal y comunitaria sobre maduración de nuestra humanidad y sensibilidad en el ejercicio del ministerio, desde la conciencia de la vocación sacerdotal y la misión. Soy consciente que queda mucho por decir, pero aquí está el desafío, que lo digan ustedes en el compartir, enriqueciéndose mutuamente desde el ministerio vivido.

El proceso de madurez es un camino apasionante y complejo. Partimos de la conciencia de que la persona es tierra sagrada y que no es una isla, sino que forma parte de un rico mundo de relaciones en y con el que crece o se pierde. El mencionado proceso no admite improvisaciones, sino que reclama un serio acompañamiento a través de la formación permanente realizada por agentes competentes, formados para tal servicio.

El proceso se realiza en una biografía, por lo que será importante acompañar a los presbíteros que comparten la misma etapa de vida, jóvenes, mediana edad, mayores y ancianos, con experiencias existenciales y ministeriales comunes en el camino de la configuración con Cristo y de servicio pastoral. Cada etapa presenta según las características de la edad y años de ministerio, sus desafíos, oportunidades y crisis, que reclaman una tarea espiritual y pastoral.

En este camino, la virtud que abre las puertas a ese dejarse formar y a aprender, y que nos conduce a la plenitud de la promesa, es la esperanza, llamada a ser vivida en fidelidad a nuestro presente, en el cual descubrimos la oportunidad de la vida nueva y plena que nos ofrece la Gracia. Significa recorrer caminos de conversión y transformación evangélica, que nos lleven a desplegar nuestro ministerio con el corazón evangelizado, haciendo presentes en medio de nuestros hermanos con nuestra propia vida, los sentimientos de Cristo Jesús. Así podremos ejercer nuestro sacerdocio, *“alegres en la esperanza”*, como tantas veces repetía el Siervo de Dios, Cardenal Eduardo Pironio.

El magisterio de Francisco sobre la vida sacerdotal, es un permanente llamado a vivir la alegría de una entrega transparente, con un corazón profundamente humano que hable del amor divino. Todo lo compartido hasta aquí, no es una utopía, sino un ideal realizable en el peregrinar, y un testimonio de ello es el Cura Brochero, que con una exquisita humanidad, madurada en la intimidad, que se hizo ofrenda para el Señor y para el pueblo que se le confió. Toda una vida orientada y alimentada por una sensibilidad, que se hizo camino para que la gente encontrara al Señor.

PREGUNTAS PARA EL TRABAJO EN GRUPOS

1. Desde el camino recorrido en el ministerio, y de acuerdo con las experiencias vividas, ¿qué sugerencias puedes hacer a la formación permanente para ser tenidas en cuenta con respecto a la dimensión humana?
2. ¿Qué realidades más significativas de la dimensión humana emergen en la etapa que estás viviendo y qué respuestas piden?
3. ¿Cómo estas realidades afectan positiva y/o negativamente nuestra relación con el pueblo de Dios?

✠ Jorge Carlos Patrón Wong
Arzobispo-Obispo Emérito de Papantla
Secretario para los Seminarios
Congregación para el Clero